



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 31 DE DICIEMBRE DE 2023

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Deseos de Fin de Año

LA PRIMERA CONDICIÓN

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Cuatro adolescentes nos encontramos sentados sobre las escaleras adornadas con piedra y cristales. Escaleras que descendían de la entrada principal de la casa a la cochera donde cabían dos autos bajo el techo que por dentro era, a su vez, el piso de la recámara principal de la casa. Cuatro adolescentes en Paseo de los Misterios, estudiantes de bachillerato alrededor de los quince. Tocábamos juntos: guitarra eléctrica, bajo eléctrico, batería y teclado. Nos habíamos inscrito en un concurso de música. “Me preguntaron cómo nos llamábamos”, nos dijo Jaime. “¿Qué les dijiste?”. “No se me ocurría nada y me preguntó la ñora que dónde vivíamos. En Satélite, le dije. ¡Ah, pues al sur! Entonces le dije que nos pusiera El Sur”. Así fue como surgió el nombre del grupo.

El día del concurso cargamos con los instrumentos musicales, incluyendo la batería. La madre de Jaime nos llevó a la cita: una escuela secundaria en algún punto en Monterrey. No tengo idea del lugar exacto.

Cada instrumento tuvo su historia, pero desconozco detalles. Seguramente habrá llegado primero la guitarra eléctrica de Jaime y luego el bajo de su hermano, Antonio. Fabricio tocaba la batería usando un tecladito de tres octavas que contaba con colchones de plástico que, al ser golpeados, producían los sonidos de los tambores. Todo lo conectaban a las bocinas de un estéreo que tocaba discos LP y casetes. El cable del bajo iba a una bocina, mientras que los de la guitarra y el teclado-tambor se conectaban a la otra. Sonaban bien; me parecía. Luego me sumaría yo. Les expresé mi interés y a los pocos días me invitaron a pasar a la casa. Sus padres habían comprado un teclado de cinco octavas. Yo ya tocaba piano. En ese momento me puse a escribir canciones. Llegamos a contar con veinte: un poco más: diez de Jaime, diez mías, alguna de Antonio y otra de Fabricio.

“¿Cuál vamos a tocar en el concurso?”, le pregunté a Jaime. “Vita”, me dijo. “¿La mía?”, le pregunté sorprendido; me sentí elogiado. “No nos vamos a arriesgar a que nos plagien una mía”, me respondió. Comprendí.

La batería también la adquirieron los padres de Jaime y Antonio. Todos los instrumentos eran de ellos... y la batería habría de ser el último en llegar. De algún lado supieron que en la colonia vivía un tipo que vendía instrumentos. Fuimos a su casa, se le dio un adelanto y ahí nos tuvo, semana tras semana preguntando si ya estaba lista la dichosa batería. “La estoy fabricando”, nos decía, “con los fierros de la cama”. A esa edad, hubiéramos podido asegurar que así era. Pero ahora supongo que esperó ciertas condiciones favorables en la aduana; entonces fue a Laredo, Texas, y de allá la traje.

Nos la entregó un sábado por la noche. La batería durmió en casa de Fabricio y a las siete de la mañana ya estaban sonando los tambores y platillos: se escuchaban por toda la cuadra. Ese



domingo, por primera vez, ensayamos completos con los cuatro instrumentos.

No pasaron muchas semanas más para que llegáramos al concurso de música. Tuvimos que estar tres horas antes de que comenzara la pasarela. Fuimos los segundos en orden. Yo fumaba; era el único que lo hacía. ¿Será importante comentarlo? En fin, ese vicio lo dejé en su momento y fui libre, como cuando se desencadena uno del alcohol, del azúcar, la grasa o las drogas.

Ahora no sabría describir la forma en que sonábamos en aquel entonces. Baste decir que no contábamos los tiempos. Éramos una marea que llega hasta las rodillas; un soldado quieto que de pronto hace un movimiento brusco; un desperdicio de talento. Los temas de esa pieza los emplearía finalmente para componer una obra que muchos años después, ya adulto, me estrenaría la Sinfonía de Minería.

No quedamos en primer lugar. Bueno... no puedo asegurarlo, pero no creo que hayamos alcanzado algún lugar. Regresamos decepcionados del jurado y continuamos con nuestros ensayos. Era el verano de 1989 y practicábamos diariamente, dos o tres horas corridas y en ocasiones repetíamos durante la mañana como en la tarde.

El punto álgido vino cuando los padres de Jaime y Antonio apoyaron una idea escalofriante: dedicarnos por completo a la música, como grupo. Sin contrato con disquera, sin mánager, sin prueba de que aquello fuera a despegar. Mi padre se opuso contundentemente, o más bien: simplemente se opuso y a esa edad, uno no suele dar pasos sin el consentimiento de los padres. No se es tan libre como se desea. Así es que continuamos nuestros estudios.

La lección fue simple: Sé libre... o muere.

¡FELIZ AÑO NUEVO!

OLGA DE LEÓN G.

Extraño los días en que lograba reunir a las familias de ambos, en la casa de Paseo de los Misterios, de Cd. Satélite. Incluso con algunos amigos y sus hijos, y

dos o tres amigos de nuestros hijos que iban a saludarnos y estar un rato en casa. ¡Qué días aquellos! Cuánta dicha. Todos reunidos, algunos venían de otras ciudades o incluso, de otros países Y venían especialmente para que pasáramos esas fechas reunidos, juntos, en la casa de la hija mayor de Amparito y Jesús. Y seguimos con vida los seis hermanos, después de cincuenta años de desaparecidos nuestros padres; naturalmente, con el consabido menoscabo de nuestra salud, dados los años transcurridos.

La familia de donde provengo era de costumbres sencillas. En Nochebuena y Navidad, no se acostumbraba tomar alcohol, excepto una copa o dos de Tinto o Rosado, según el platillo. El fin de año podía haber algo más para beber. Pero, con moderación. Eran Celebraciones familiares. Las pasábamos en casa, no de fiesta en ninguna otra parte, nuestros padres lo celebraban en casa, con nosotros, sus hijos y las dos hermanas solteras de papá; una, la mayor; la otra, la quinta hija, mientras nuestro padre había sido el último hijo, el número 13 de mi abuela Delfina Garza de León y el abuelo, Tiburcio de León.

Por todo lo que recuerdo de mi infancia, adolescencia y juventud, es que hoy, sí, hoy, en este año que está terminando, quiero dedicar unas palabras a mis hijos, quiero recordarles algo que bien saben, porque tantas veces se los he dicho: “de la nada, nada se hace”. Son lo que fui de niña y lo que me inculcaron mis padres. Son lo que ustedes por sí mismos han desarrollado y aprendido a ser, a partir de su padre y de mí, y de su iniciativa propia. Los veo en casa, su casa por siempre, aunque no la habitan de diario, y me siento feliz de verlos bajo un mismo techo, con sus vidas propias y sus sentimientos y emociones fraternales y filiales de siempre. Y, ahora, además, con una nieta que nos ha regalado Dios: la bella princesita Alexia. ¡Qué más puedo pedir! Nada.

Ya no tengo nada más qué enseñarles. Solo les pido, de serles posible, dos cosas; primera: nunca olviden de

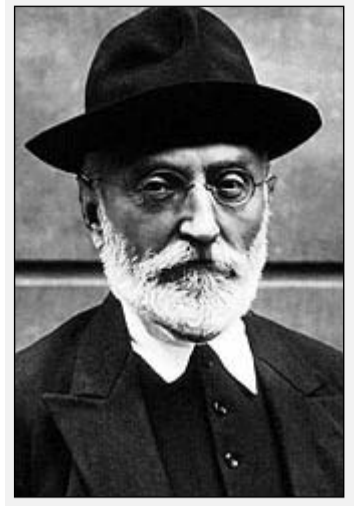
dónde vienen. Y vayan a paso firme por sus respectivas sendas, con la seguridad de que siempre estaremos con ustedes: en su pensamiento, en sus corazones y hasta en sus anhelos, y en los más íntimos deseos de trascender, porque les es posible, como que fueron hijos bien amados y arropados con mucho cariño y con cada cuento que creó mi imaginario, y les relaté mientras se iban quedando dormidos, viajando al mundo de los sueños y las fantasías. Y, segunda: jamás se den la espalda, no olviden que son hermanos, hijos adorados de este par de viejos que se van quedando atrás, porque pronto, antes de que lo puedan entender y aceptar del todo, ya no estaremos como materia corporal... pero nunca nos iremos del todo.

Y, hoy, daremos gracias con un brindis muy especial, dedicado este año al jefe de la familia, a Dios, antes que, a cualquiera, y a la madre Naturaleza, por concedernos seguir con vida y todos reunidos. Y sí, también, por las gracias recibidas durante el año, que nos permitieron llegar hasta este último día de diciembre de 2023, con la salud, la alegría y el entusiasmo suficientes para degustar un delicioso platillo... y por la mañana casi medio día, un buen pozole verde o sabroso menudo rojo norteño, según el gusto de cada uno. Cena y comida que habremos cocinado mi hija, mi cuñadita (la hermana menor de mi esposo) y yo, todas reunidas en casa, cada una concentrada en el platillo o guiso que elegimos preparar.

Terminando de escribir la última línea, recordé un trozo de otro cuento que escribí hace cuatro años, y que viene como anillo al dedo, para hoy:

“Luego de unos segundos, un niñoito señaló hacia afuera, nadie le prestó atención; había visto un anciano que caminaba con gran dificultad, se alejaba hasta perderse en el horizonte. El bebé lloró desconsolado: vio su futuro en perspectiva”. (Olga de León. Periódico El Porvenir. Secc. Cultural. 29.XII.2019).

¡Feliz Año Nuevo, a punto de llegar, 2024!



Miguel de Unamuno

(Bilbao, 1864 - Salamanca, 1936) Escritor, poeta y filósofo español, principal exponente de la Generación del 98. Entre 1880 y 1884 estudió filosofía y letras en la Universidad de Madrid, época durante la cual leyó a Thomas Carlyle, Herbert Spencer, Friedrich Hegel y Karl Marx. Se doctoró con la tesis Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca, y poco después accedió a la cátedra de lengua y literatura griega en la Universidad de Salamanca, en la que desde 1901 fue rector y catedrático de historia de la lengua castellana.

Sin embargo, las contradicciones personales y las paradojas que afloraban en su pensamiento actuaron impidiendo el desarrollo de un sistema coherente, de modo que hubo de recurrir a la literatura, en tanto que expresión de la intimidad, para resolver algunos aspectos de la realidad de su yo. Esa angustia personal y su idea básica de entender al hombre como "ente de carne y hueso", y la vida como un fin en sí mismo, se proyectaron en obras como En torno al casticismo (1895), Mi religión y otros ensayos (1910), Soliloquios y conversaciones (1911) o Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos (1913).

El primero de los libros fue en realidad un conjunto de cinco ensayos en torno al "alma castellana", en los que opuso al tradicionalismo la "búsqueda de la tradición eterna del presente", y defendió el concepto de "intrahistoria" latente en el seno del pueblo frente al concepto oficial de historia. Según propuso entonces, la solución de muchos de los males que aquejaban a España era su "europeización".

Sin embargo, estas obras no parecían abarcar, desde su punto de vista, aspectos íntimos que formaban parte de la realidad vivencial. De aquí que literaturizase su pensamiento, primero a través de un importante ensayo sobre dos personajes clave de la literatura universal en la Vida de don Quijote y Sancho (1905), obra en la que, por otra parte y en flagrante contradicción con la tesis europeísta defendida en libros anteriores, proponía "españolizar Europa".

Su narrativa progresó desde sus novelas primerizas Paz en la guerra (1897) y Amor y pedagogía (1902) hasta la madura La tía Tula (1921). Pero entre ellas escribié Niebla (1914), Abel Sánchez (1917) y, sobre todo, Tres novelas ejemplares y un prólogo (1920), libro que ha sido considerado por algunos críticos como autobiográfico, si bien no tiene que ver con hechos de su vida, sino con su biografía espiritual y su visión esencial de la realidad: con la afirmación de su identidad individual y la búsqueda de los elementos vinculantes que fundamentan las relaciones humanas.

Su producción poética comprende títulos como Poesía (1907), Rosario de sonetos líricos (1912), El Cristo de Velázquez (1920), Rimas de dentro (1923) y Romancero del destierro (1927), éste último fruto de su experiencia en la isla de Fuerteventura, adonde fue deportado por su oposición a la dictadura de Miguel Primo de Rivera. También cultivó el teatro: Fedra (1924), Sombras de sueño (1931), El otro (1932) y Medea (1933).

Sus poemas y sus obras teatrales abordaron los mismos temas de su narrativa: los dramas íntimos, amorosos, religiosos y políticos a través de personajes conflictivos y sensibles ante las formas evidentes de la realidad. Su obra y su vida estuvieron estrechamente relacionadas, de ahí las contradicciones y paradojas de quien Antonio Machado calificó de "donquijotesco".

En 1962 se publicaron sus Obras completas, y en 1994 se dio a conocer su novela inédita Nuevo mundo.

ad pédem literae

Estar preparado es importante, saber esperar lo es aún más, pero aprovechar el momento adecuado es la clave de la vida

Arthur Schnitzler

Letras de buen humor

Lo sabe todo, absolutamente todo. Figúrense lo tonto que será.

Miguel de Unamuno

Joana Bonet

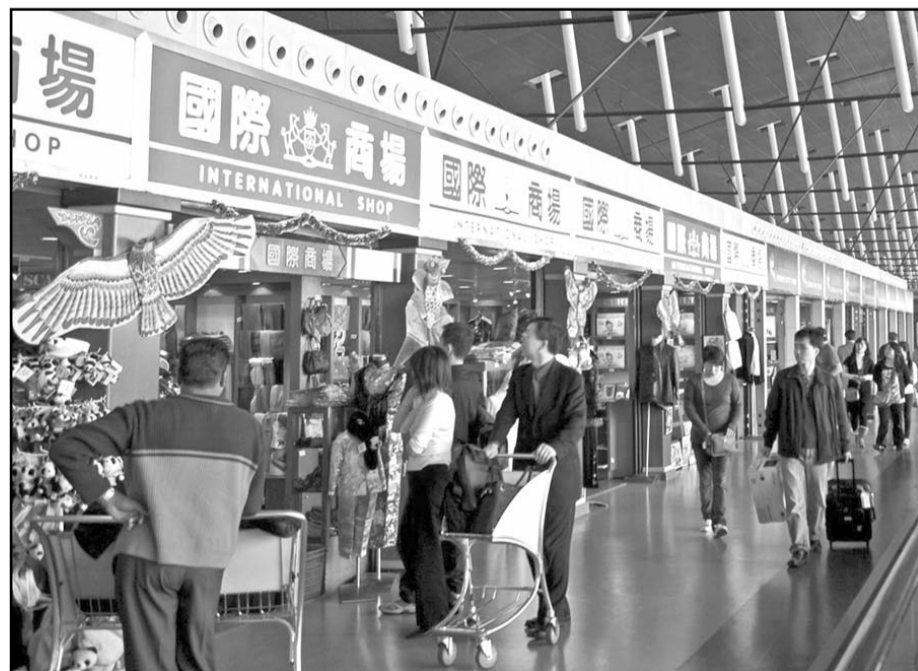
Delicias chinas y un amargo mechero

La azafata virtual china es un dibujo animado con la cabeza grande y la cintura de avispa. En la pantalla, da instrucciones de vuelo con amabilidad, en especial cuando explica cómo se evacua el avión y la escena parece hasta emocionante. Es un adelanto del triunfo de la cultura naif que nos envolverá durante tres días en Shanghai. Y es que la glorificación de la infancia queda reflejada desde la imperturbable sonrisa de Buda, así como en sus mofletes, porque, a pesar de que Siddharta abandonara el palacio para vivir como un mendigo, abrumado por tanto dolor derramado en el mundo, en su imaginaria se representa como un gordito feliz.

En el aeropuerto de Pudong, la Navidad viaja en los equipajes de los residentes, cargados de regalos. Delicados paquetes que la policía de aduanas quiere revisar con rigor. Mientras los extranjeros salimos aliviados por la puerta de “Nada que declarar”, los locales, encorvados y pacientes, dan cuenta de sus compras, acostumbrados a vivir informando de los hijos que engendran, de lo que leen y lo que dicen. Abren las bolsas de colores frunciendo el entrecejo, y

pienso que bien podrían disimular sus compras en la maleta, pero la transgresión no va en su contrato.

En el centro de la capital una neblina suspende la noche en un duermevela. Los comercios cierran tarde, y el tiempo parece un extraño. El tendido de luces del skyline golpea con identidad propia y prestada. Porque junto a los miles de puestos donde la vida se reboza con soja, se erigen torres de cristal firmadas por Zaha Hadid y fachadas del siglo XIX reformadas por David Chipperfield. La atracción asiática por los rascacielos respuntados de luces hasta rozar el horizonte trae ecos cinematográficos. Art decó y sopas con amenazantes escamas de pescado. Delicados baos y edredones de Hello Kitty protegiendo los muslos de los motoristas. Templos milenarios junto a coches deportivos. Y un feroz cortafuegos que te desconecta de Occidente. Ni Google, ni X, ni Instagram operan en China. Si no eres un viajero previsor, te fallará la VPN y no podrás leer los diarios o mandar watsaps. Adoptarás por fin una sensación de lejanía real que te ayudará a convertirte en verdadero extranjero. Y, en medio de tanta soledad



analógica, te preguntará por tu libertad y la del resto.

Aunque las avenidas rebosen de lujo global, apoderándose de una belleza brumosa, los jóvenes chinos no pueden hablar de su realidad ni aparecer en televisión con un piercing. Si lo hacen, como sucedió con el popular presentador Jing Boran, primero borrarán el abalorio y luego a su portador. Es un aviso cultural. Sin embargo, la generación del hijo único acusa una profunda crisis de valores y apetencias. Ellos, prodigios de las horas extraescolares, no fueron preparados para los trabajos precarios de sus padres que convirtieron el país en la gran fábrica del todo a cien mundial.

¿Dónde queda el talento que, de tanto leer Made in China, se nos ha olvidado que existe? Que se lo pregunten a Ai Weiwei, que pasó veinte años en un campo de trabajo con su padre, limpiando retretes. En una de sus obras colocó el logo de Coca-Cola en una vasija de la dinastía Han como crítica a la todopoderosa sociedad de consumo. Y lo pagó con la cárcel y el exilio.

Pienso en ello de regreso al aeropuerto cuando, tras pasar varios controles, un policía me aguarda en la puerta de embarque y me da el alto, entornando los ojos. ¡Peligro!, han detectado un mechero en mi equipaje de mano: ¡un arma de fuego!